

también a este viaje la satisfacción de haber conocido a algunos de los hombres más ilustres de nuestro tiempo. Fué ahí mismo, en la Redacción de ese estimable diario, donde usted quiso darme la oportunidad de conocer, en una sola hora a Eugenio d'Ors y a Ramiro de Maeztu, con Blanco-Fombona y Diez-Canedo, Araquistain, Gómez de Baquero, Bagaría y todo el personal de esa casa; más tarde tuve ocasión de hablar, en diversas ocasiones, con Valle-Inclán y con Luis Bello, con Salaverría y con Pedroso, con Alvarez del Vayo y con Ortega y Gasset, con Aparicio y con Marcelino Domingo, con Fernando de los Ríos y con Gabriel Alomar, y

los educadores y patriotas catalanes Aynaud y Agell, y con los sabios ilustres y grandes educadores modernos de la Junta de Ampliación de Estudios y Residencia de Estudiantes de Madrid, con Cossío y María de Maeztu, y Jiménez; conocí a todos éstos, es decir: a todos los grandes de España; pocos faltan para completar la lista ilustre. Pero no solamente a estos más notorios recuerdo con admiración y entusiasmo; también a otros, no tan célebres, pero igualmente valiosos por la elevación moral, la esperanza y el patriotismo, tuve oportunidad de tratar en Andalucía y en Asturias—para mis indianos de esta última provincia, vaya

un adiós cariñoso—. No sólo en Andalucía y Asturias, también en Salamanca y en Valencia y en Barcelona; por todo donde fui encontré gente patriota y resuelta que acabará por hacer de España una gran patria. De los jóvenes llevo también una impresión directa, gracias a políticos como Jiménez Siles, y a poetas como Balbontín y Alberti. No es posible mencionar todos los nombres, pero de todos llevo un recuerdo conmovido. Les ruego que me cuenten invariablemente entre los suyos.

J. VASCONCELOS

(El Sol. Madrid).

ESTÁ en nuestras manos la bella colección de artículos que en tomo elegante y nitidamente impreso, ha reunido Alejandro Alvarado Quirós, con el simpático y sugestivo título de *Nuestra Tierra Prometida*.

En estos días oscuros y lluviosos de chismes y apasionamientos, en que los bajos apetitos parecían haberse adueñado de nuestras publicaciones, el rayo de luz y de idealismo que trae a nuestra alma el entusiasta y patriota escritor, fortalece nuestro espíritu, nos hace olvidar las cotidianas pequeñeces de la vida, eleva nuestro corazón y nos obliga a pensar en cosas grandes, en nobles y generosos esfuerzos, en una Costa Rica bella que ha vivido una historia recatada y pundonorosa y a la que sonríe, como premio a las virtudes que hasta hoy la han adornado, un brillante porvenir.

Bien hayan los escritores que saben producir tales sentimientos.

Alvarado en su libro presenta novedades que son fruto rico y sazonado de su experiencia.

Las primicias de su talento las dedicó a los primores del arte francés, y en mucha parte a cantar a la Nación europea literaria por excelencia—sus *Piedras preciosas*, cuentos admirablemente seleccionados y traducidos en compañía de otro exquisito, Fabio Baudrit, las *Lilas y Resedas* de igual origen y trabajadas del mismo modo, pero sin colaboración; los *Episodios Novelescos de la Guerra*; su mismo artículo *Un Busto Querido* dedicado al príncipe de los cuentistas entre los estudios Jurídicos y críticos de *Bric a Brac* (título que es un galicismo) sirven para probar nuestra afirmación. *Bocetos* ya es una semblanza de artistas y hombres de letras costarricenses; pero aun allí mismo se encuentran las citas y los recuerdos de Hugo y de Musset, de Chenier

Nuestra Tierra Prometida

y de Rostand, de Moliere y de Gautier, de Capus y de Mistral.

Por algo lleva don Alejandro en su cuello, con todo merecimiento, la corbata de la Legión de Honor!

No quiere decir eso que Alvarado desdeñara nunca los asuntos de la patria. Al contrario, siempre espigó en los campos de su historia, juzgó los hechos palpitantes de su actualidad y fue cronista elegante y refinado de sus salones. Pero ha dejado de ser Lutecia la principal inspiradora de sus entusiasmos y de sus sensaciones; hasta se atreve a decir en una página: «a veces París produce un hastío imposible de curar». Ahora es Costa Rica «la pálida Virgen de negros ojos fascinadores» la musa de su obra.

El principio es un hermoso panorama de la Naturaleza tica del cual se destacan Cartago, la ciudad santa, y Alajuela, el pueblo heroico. Después bajo el glorioso pabellón tricolor pasan las sombras venerandas de Mora y de Cañas; las figuras descollantes del Dr. Castro, de don Julián Volio y de don León Fernández, las visiones finas y delicadas de nuestras grandes damas de antaño; y todo lo anima un soplo de piedad y de respeto por los antepasados, de veneración por los puros y abnegados esfuerzos de nuestra pequeña epopeya; de optimismo por nuestro futuro.

En esa filial y cariñosa ofrenda a la *Tierruca* se han reunido artículos de varias épocas que por interesantes y bien escritos lucen al lado de los nuevos y que ya combinados con sistema contribuyen admirablemente a la orientación nueva de este libro.

La segunda parte en cuya portada está esculpida la frase de Rodó: «Patria es para los hispanoamericanos la América española» se inspira en un verdadero afecto y en un ferviente culto, no solamente a los países hermanos del continente sino a la Madre Patria, para la cual se encuentran a cada rato frases de devoción, y a la que se dedican las primeras páginas, preciosa alabanza de su tradición, de su naturaleza y de su arte, y el elocuente discurso que en honor suyo pronunció el Representante de Costa Rica en la Conferencia reunida en Santiago de Chile hace poco.

Con una alta visión del destino común, de nuestra raza y de nuestro continente, el autor contempla los problemas de su progreso, de su bienestar y de su independencia. Su pensamiento recorre el inmenso campo de la Magna Patria: desde las orillas del Plata vuela hasta el antiguo Imperio Azteca y se detiene en muchas de las secciones del Nuevo Mundo para narrar sus proezas, para describir a sus hombres; para admirar los prodigios con que el Creador dotó a este suelo privilegiado.

Parece ser el espíritu de Rodó especialmente el que guiara al escritor entre las selvas de robles y laureles por las cuales transitaban los próceres de la Independencia y a cuya sombra incubaron en otro tiempo y meditan en la actualidad sus ideas, los conductores del pensamiento americano propio.

Entre los párrafos del libro hay loor y gloria para los grandes entre los grandes, Bolívar y San Martín, rosas para el «Abel de América» que supo ceñirse la corona de la Victoria y cultivar «lo bello de la vida», el arte y el amor; sin olvidar a tantos otros que grandes también fueron y esforzados luchadores.

En esa prosa cálida y fácil, sitio